

Gohr estaba muy feliz durante aquella mañana. Era el comienzo del sexto año del segundo período Thaler. El día exacto en que debía ingresar al Gimnasium para convertirse en un formidable guerrero antrariano, tal como cinco períodos en el pasado lo hizo su padre y, otros cinco antes, su abuelo.

Sentado sobre las altas y agrestes rocas de Isgmah Relish Dahl, observaba con plácido e inusual embelesamiento como las flores tentaculares de las alturas se desplazaban muy rápidamente, entre los intersticios rocosos, para absorber los primeros rayos matutinos provenientes desde el sol azul-verdoso de Antrar.

Sin lugar a discusión, aquellos frágiles y escurridizos organismos híbridos que Gohr observaba poseían un instinto muy sabio. El mismo instinto que, con meticuloso y exacto accionar, los impulsaba a hibernar durante el prolongado y crudo período invernal. No obstante, pese a tal precaución, sólo la décima parte de su población sobrevivía a tan difícil y sostenido período de inclemencia climática.

El alimento habitual de los antrarianos estaba constituido por una gran variedad de fibras vegetales, pero muy de vez en cuando consumían pequeños insectos y sabandijas a manera de golosinas. Sin lugar a dudas, aquella constituía una de las tentaciones instintivas que, después de miles y miles de siglos de cultura prolija, aún no se lograba desterrar de la conducta habitual de los antrarianos. Gohr, de ningún modo, era la excepción.

Muy pronto, cuando traspasara las puertas pétreas del Gimnasium, sus sueños más íntimos dejarían de ser sólo dulces quimeras juveniles. Su propio esfuerzo y espíritu de autosacrificio lo convertirían en el más grande guerrero antrariano de la historia, pero aquello era todavía un lejano objetivo en aquella distante época.

De regreso a su hogar, su madre lo esperaría con un succulento y fortalecedor desayuno, situación que lo alegraba aún más. No obstante, la curiosidad propia de su juventud lo impulsaría a desviarse del camino acostumbrado, al percatarse de un extraño fenómeno ocurrente en pleno y distante firmamento. Un fenómeno que nunca antes tuvo ocasión de observar con tal claridad.

Una estrella fugaz descendía desde el rojizo cielo. Gohr sabía que ello no era posible, pero los hechos le indicaban lo contrario. Sin duda alguna, para una mente joven e

inquieta como la de Gohr, aquel constituía un interesante y no menos fascinante misterio por resolver.

-Descendiendo en ángulo adecuado para la masa actual de nuestra nave -dijo el timonel Scott.

-Fricción con gases atmosféricos es un quince por ciento menor que lo esperado a priori -agregó el moreno Jackson desde su estación científica, sin dejar de observar los sensibles y sofisticados instrumentos.

-Fantástico -respondió el capitán Anderson-. Si logramos controlar nuestra aceleración durante la trayectoria hiperbólica final, nuestro aterrizaje será perfecto.

-Necesito completo control de los propulsores de proa y laterales -dijo Scott con su enérgica voz.

-Entendido -respondió el segundo piloto-. Todo el control es tuyo ahora.

-Bien -asintió Scott.

Las tensas maniobras del procedimiento aún más peligroso durante cualquier viaje interestelar, el aterrizaje, provocaba que todos los tripulantes generaran un exceso de adrenalina en su organismo, mas ello era lo normal.

La esbelta y platinada ave metálica, provista de escudos protectores de tritanium, terminó posándose suavemente sobre una extensa planicie árida. Un desierto, aparentemente sin vida, los recibía.

-Aterrizaje perfecto, capitán -anunció la comandante Johnson-. Comenzaremos el estudio de los gases atmosféricos y de las posibilidades de subsistencia en el exterior.

-De acuerdo, comandante, proceda según protocolo siete -autorizó el capitán.

La misión del capitán Anderson, y de la tripulación del Endeavour XXVIII, consistía en efectuar un completo estudio de los sistemas planetarios descubiertos en Próxima y Alfa Centauri. De las cinco misiones anteriores enviadas hacia aquel mismo sector espacial, sólo dos regresaron a Tierra. Las otras, sin embargo, enviaron gran parte de la información recopilada antes de perderse para siempre todo contacto con ellas.

Hasta el momento todo funcionaba en perfectas condiciones y los tripulantes estaban optimistas.

De pronto, toda la estructura metálica del Endeavour XXVIII pareció agitarse. Un ruido grave y acompasado se le sumó en forma intermitente y la natural preocupación

invadió a casi todos sus tripulantes.

-¿Qué diablos sucede ahora? -preguntó el capitán Anderson, sin disimular en lo absoluto su estado emocional.

-Según las indicaciones de nuestros instrumentos -contestó el impasible Jackson-, una fuerte turbulencia atmosférica exterior se presentó de improviso y sin causa aparente.

-Los estabilizadores no funcionan, capitán -agregó Scott-. Estamos impotentes.

-¡Maldición! -exclamó Anderson-. ¡Trabajen en esos estabilizadores si desean continuar con vida!

-Situación se mantiene estable... -informó Jackson-. Sensores de corto y largo alcance no están operativos por el momento.

-¿Qué sucede con los propulsores? -preguntó la comandante.

-Trabajamos en ellos, comandante -respondió Bergman, el ingeniero en jefe.

La inestabilidad continuó por interminables veinte minutos de tiempo estándar. Luego, el extraño fenómeno cesó tan bruscamente como antes comenzó.

Afortunadamente, la astronave no sufrió daños gracias a la efectiva acción de sus escudos protectores.

Mientras Gohr ubicaba un buen punto de observación, recordó que algunos años antes, cuando su padre aún conservaba la vida, ocurrió una lluvia de aerolitos. Dicha lluvia de pedruscos errantes se produjo mientras Antrar traspasaba la Zona de Corriente Interestelar Alfa.

«Quizá este fenómeno esté relacionado con alguna corriente interestelar de menor importancia», pensó Gohr en aquel instante, pero dicha explicación, lucubrada en primera instancia, no le satisfizo en absoluto.

Embelesado por las observaciones efectuadas durante aquella mañana, Gohr tardó más de lo habitual en regresar hasta su hogar. Su madre, que sentía un gran afecto hacia su pequeño y único hijo, a quien ya lograba divisar hacia lo lejos, casi en los límites de la extensa y tupida plantación de gradiales aromáticos, lo atribuyó al nerviosismo propio del día decisivo que Gohr vivía en aquel instante.

Después del desayuno, Gohr ayudó a su madre en diversas tareas de índole doméstica que aún permanecían pendientes. Después de ello, se retiró hacia el Salón del Conocimiento, amplia interfaz doméstica hacia las hercúleas instalaciones del

Acumulador de Conocimiento Galáctico.

Gran parte del prematuro conocimiento que Gohr adquirió, durante su primer período y parte del segundo, lo hizo en este lugar. Ahora, con dudas en su mente, ingresaba nuevamente hacia aquel sitio.

De singular atractivo resultaba la utilización del Traductor Galáctico, increíble ingenio cibernético capaz de formular los patrones básicos y desarrollar cualquier lenguaje, dialecto o forma de comunicación, a partir de muy pocos elementos conocidos.

Tres horas más tarde, Gohr regresaba al ambiente familiar con su mente un poco más despejada y tranquila.

No era instante para ignorar la realidad y el deber. Gohr debía partir en pocos minutos. La Ceremonia de Inicio comenzaría unas dos horas más tarde y, como la tradición lo señalaba, el futuro iniciado debía permanecer, durante su última hora de libre juventud, junto a su pareja, la asignada por el Gran Oráculo de Gratz-ar-Dolm.

Instantes más tarde, Gohr se despidió de su madre con lágrimas en sus ojos. Por vez primera, desde el día de su virtual concepción, ambos debían separarse durante un período tan prolongado como difícil. No obstante, dado el mutuo afecto que ambos se profesaban, desde ahora esperarían con reales ansias el preciso y anhelado día de su retorno... si todo resultaba a la perfección.

Gragh, la futura compañera asignada a Gohr, lo esperaba frente a la bifurcación del Gran Camino. Desde pequeña, ella se crió junto a Gohr y, quizás por ello mismo, lo estimaba profundamente.

Después de este encuentro tradicional, Gragh debía esperar durante nueve años el regreso de su futura pareja. Si Gohr se transformaba en guerrero antrariano, ambos serían compañeros por siempre. En cambio, si Gohr fracasaba en su empresa, ella, y después él, deberían cometer suicidio. El sistema funcionaba a la perfección durante siglos y nunca fue alterado. No existía razón para ello.

El encuentro transcurrió rápidamente y, antes de despedirse, Gohr extendió un dispositivo plateado con extraños caracteres rúnicos que en gran parte lo cubrían. Gragh, sorprendida por el presente que su virtual compañero le entregaba antes de partir, observó detalladamente dicho artefacto. De pronto, un punto de acceso, surgido de la nada, dio paso a la salida de un insecto plateado de repulsivo y bípedo aspecto. La joven, entusiasmada con hallazgo tan sorprendente, observó a Gohr con gratitud. Éste, acercando su cuerpo hacia ella, le invitó cortésmente...

-¡Sírvete uno! ¡Son americanos!